

QUINTA CLASIFICADA EX AEQUO



QUIERO TU ALMA

Lucía Gil Abad (Andalucía)

-Señor Campbell, los activos de la empresa caen en picado-, dijo su contable sin rodeos. Cruzaba y descruzaba los dedos con gesto nervioso a la espera de la reacción de Joe.

Joe seguía de espaldas al muchacho, mirando fijamente por el ventanal del salón. Se balanceaba suavemente sobre la plantas de sus pies.

-Siempre directo al grano, Thom-, comenzó a decir tranquilamente. -No eres de los que pierden el tiempo. Me gusta-. Dicho esto último, Joe se giró y le lanzó una sonrisa a Thom, pero no era feliz. Eso anunciaba problemas. Thom tragó saliva.

-Se- Señor-, tartamudeó Thom un poco asustado. -Llámame Joe, por favor, entre usted y yo hay confianza para eso-, le cortó Joe. -Joe, está bien, Joe-. Asintió el otro joven con gesto sumiso. -Bueno... Joe, lamento decirle ésto pero dado que apenas quedan terrenos para comprar y explorar, los empleados no tienen forma de trabajar y se pierden ganancias-, soltó rápidamente Thom.

-Mmmm...- murmuró Joe pensativo. Atravesó con la mirada a Thom, con esos ojos azules tan cálidos y a la vez tan fríos. Sentía como si le estuviera leyendo su alma. Thom se apartó ahogando un grito de sorpresa y Joe sonrió. Una sonrisa divertida, burlona y también... oscura.

-Compraré el orfanato municipal y lo derruiré-.

-¿Cómo?- preguntó Thom. No podía dar crédito a lo que había oído. Joe respiró hondo y pacientemente repitió: -Voy a comprar y derruir el orfanato-.

-Pues eso es...- Thom no supo continuar, no le salían las palabras.

-Lo más sensato- terminó Joe por él -contando con la gran cantidad de terreno que abarca-. Se pasó una mano por su pelo, brillante y negro como la noche, luego la metió en el bolsillo de su chaqueta oscura.

Thom no sabía dónde meterse. Santo cielo, el señor Campbell imponía. Bastante.

-Thomas- comenzó a decir Joe con voz pausada- usted trabaja para mí desde hace cuánto... ¿cuatro años? Parece ayer aquella fiesta del 56 cuando nos presentaron.

Thom parpadeó, sorprendido por el curso que tomaba la conversación. -¿A dónde quiere ir con esto, señor?- No quería que Joe se volviera a salir por la tangente.

-Sin prisas Thom- le advirtió Joe con tono duro. Cuando volvió a hablar recuperó su cadencia anterior. -Me conoce, no mucho, pero lo justo para saber que la gran palidez de mi piel me impide salir por el día, ya que el sol me daña, a menos que sea otoño o invierno. -Claro, señor- respondió Thom.

-También sabe que eso no ha sido obstáculo para mí, pese a la gran cantidad de tiempo que me veo obligado a perder-.

-Eh... sí-.

-Por lo tanto, sabrá que aunque no salgo mucho de casa, conozco mi ciudad y a los vecinos que viven en ella-.

-Por supuesto-.

-Bien-asintió Joe.-Y a estas alturas... conociendo todo eso... ¿sigue creyendo que no sé las consecuencias que tiene cada decisión que tomo? ¿En este caso sobre el orfanato? Vengo de una familia noble y adinerada, he recibido una educación muy estricta y eficiente-.

-Ya...-.

-No soy estúpido Thom-.

-No señor, claro que no- Pero los niños...-.

-Queda el albergue. Sería peor que mi empresa cayera-.

-Imagino, señor-, murmuró Thom a regañadientes.

* * *

A la mañana siguiente, seguía rumiando el asunto del orfanato. Decidió bajar al desván, juraría haber hecho algún que otro trato con su dueño. Problemas económicos, seguramente. Los papeles se encontrarían guardados en algunas de las cajas polvorientas de abajo. Bajó las escaleras apresuradamente. Encontrar los dichosos papeles era importante.

No había reparado siquiera en arreglarse como es debido, rompiendo una de las muchas normas de etiqueta que sus padres le habían inculcado. Antes de abrir la puerta, se abrazó a su bata gris de lana, y entró al lúgubre y húmedo desván.

Joe se obligó a frenar en el centro de la habitación y giró sobre sus talones para ver todo su alrededor. Si lo miraba de cierta forma, el desván poseía una belleza enigmática. Como si contuviera un secreto esperando a ser desvelado.

Y allí halló su perdición. Ni papeles, ni cajas, ni nada. No. Un espejo. Lo que parecía nada más que un mero espejo antiguo, de estilo victoriano, con la pintura blanca de la madera lacada que caía raída a pedazos, no era ni más ni menos que el objeto que acabaría con su cordura y si alcanzaba un nivel mayor, inclusive con su vida.

Joe, abstraído de todo, se acercó para poder rozar con la yema de sus dedos el polvoriento cristal reflectante. De repente, un movimiento borroso, seguido de un siseo casi inaudible, de no ser por aquel silencio de ultratumba que lo envolvía, llamó su atención. Se le formó un nudo en la garganta, el cual intentó deshacer tragando saliva fuertemente.

-¿Hola?-, musitó.

Nadie, ni una pitonisa de las de Salem, podría haber visto venir lo que ocurrió a continuación. Una silueta humana fue tomando forma en el cristal del espejo. Parecía masculina. Puedo apreciar, conforme se fue haciendo más visible, que el hombre era fornido, de espalda ancha, y el pelo oscuro y corto. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral de arriba a abajo cuando descubrió con horror que no era otra silueta que la suya. Era el reflejo de su propia espalda lo que observaba incrédulo.

Paralizado, no movió ni un dedo hasta que su chiste cósmico personal se dio la vuelta para mirarle con los ojos del mismísimo diablo. Eran amarillos, de un amarillo animal, como los de los depredadores, los felinos, que destacaba en la oscuridad como luces. Y sus pupilas, esas pupilas. Eran dos rajadas negras verticales. Esos ojos no eran humanos.

-Es... Estás maldito, eres...- dijo jadeante. Si de verdad hubiera podido ver su propio reflejo, y no aquella condenada copia demasiado perfecta de él, podría ver cómo sus ojos estaban abiertos como platos, sus labios entreabiertos, deseando dejar escapar un grito horrendo, y su piel habría palidecido aún más, si eso era posible. Aquel monstruo habló con voz pausada y contenida.

-¿Un demonio?- completó la frase. -Ah, y el maldito, en todo caso eres tú. Ahora lo estás, al igual que yo-. Una amplia sonrisa se instaló en su semblante, mostrando sus afilados dientes como agujas. -Algariapt, encantado-, dijo una octava más alto, en tono jovial. Joe se estremeció. -Llevaba esperando mucho tiempo a alguien con el que... vivir-. El deje oscuro y misterioso de su voz hizo que Joe retrocediera unos pasos. -¿Vivir?-, preguntó con precaución. Sentía que aquel sería su final.

-Oh, no es nada querido amigo-, dijo Algariapt despreocupadamente. Aunque alguien observador vería que había mucho más en el fondo de lo que mostraba en la superficie. -Simplemente...-, parecía buscar las palabras correctas, -podrás descansar de tu cuerpo, debe de ser agotador-. Una sonrisa maliciosa estiró sus comisuras. -Así que a partir de ahora, yo viviré por ti. Espero que tu alma descanse feliz en el pozo eterno. Al principio es duro acostumbrarse, pero dentro de unos milenios ni siquiera sabrás de ti. Aunque podrás seguir observando desde el espejo. Es perfecto ¿no?-.

Tal y como Joe temía, era su fin.